

Ha acertado Barack Obama al convertir, en la madrugada de ayer, su último discurso sobre el Estado de la Unión —el más solemne que pronuncian anualmente los presidentes de EE UU ante el Congreso— en un alegato a favor de la esperanza y de encarar el futuro sin miedo.

El machacón mensaje alarmista al que está siendo sometido el electorado por parte del excéntrico liderazgo republicano —y especialmente del precandidato a la presidencia Donald Trump— ha tenido una relevante contestación en un presidente que, aunque mermado políticamente en su último año de mandato, volvió a demostrar en el Capitolio sus dotes oratorias.

Ante los congresistas y senadores reunidos en sesión conjunta, Obama rebatió las visiones catastrofistas. Su apelación a la necesidad de inyectar civismo en el discurso público da plenamente en la diana de una enfermedad —la del populismo político— que contamina en diversos grados a la política estadounidense y europea. Es un mensaje perfectamente aplicable a ambos lados del Atlántico.

Las nuevas situaciones suponen nuevos desafíos y también problemas que crean ansiedad y preocupación en la sociedad, pero las soluciones no pasan por dar respuestas demagógicas, romper las reglas del juego o hacer que las democracias renuncien a los principios en los que se sustentan. Una profunda y prolongada crisis económica —cuya frágil recuperación no ha alcanzado a todos los estratos sociales—, la amenaza del terrorismo yihadista o el desafío de los masivos flujos migratorios no son obstáculos insuperables que justifiquen la ruptura con los valores que han garantizado las libertades. Y la retórica apocalíptica no es ciertamente la mejor actitud para afrontar esas realidades.

Así se lo recordó a los estadounidenses Obama, a quien le quedan apenas unos meses en la Casa Blanca y que, por tanto, merece la credibilidad de quien ya no necesita cortejar a ningún electorado.

Yesterday at dawn, Barack Obama hit the nail on the head by turning his last State of the Union speech — the most solemn speech that U.S. presidents give annually before Congress — into a plea in favor of hope and facing the future without fear.

The insistent and alarming message the electorate is being subjected to by the eccentric Republican leadership, and especially by presidential candidate Donald Trump, has evoked a significant response from the president. Although politically diminished in his last year in office, the speech on Capitol Hill showed his oratory skills once again.

Before the congressmen and senators who gathered in joint session, Obama refuted these catastrophic views. In emphasizing the need to inject civility into public speech, he was completely spot on about the sickness — political populism — that contaminates American and European politics to varying degrees. It is a perfectly applicable message on both sides of the Atlantic.

New situations involve new challenges, in addition to problems that create anxiety and worry in society, but the solutions do not involve demagogic answers, breaking the rules of the game or making democracies renounce their principles. A profound and prolonged economic crisis, whose fragile recovery has not reached all social strata, the threat of jihadi terrorism, and the challenge of massive immigration fluxes are not insurmountable obstacles; they do not justify a break with the values that have guaranteed our freedoms. Apocalyptic rhetoric is certainly not the best attitude for dealing with these realities.

This is what Obama — who has just months left in the White House, and who therefore deserves credibility as someone who no longer needs to woo any electorate — reminded Americans.